

LAS AVENTURAS
DE HUCKLEBERRY FINN



Ilustración de W. Hodges para *Huckleberry Finn*.

Aviso:

Las personas que intenten encontrar un motivo en esta narración serán procesadas; las que intenten encontrarle una moraleja serán desterradas; las que intenten descubrirle una trama serán fusiladas.

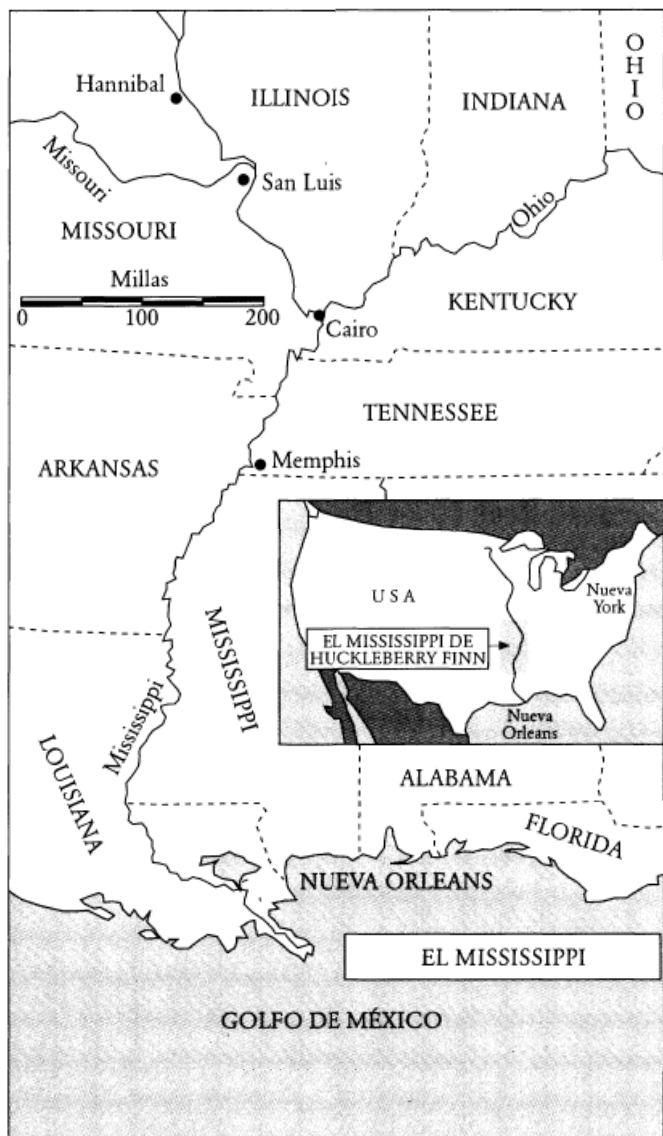
Por orden del autor,
Per G. G., jefe de Intendencia

UNA EXPLICACIÓN

En este libro se emplean varios dialectos, a saber: el de los negros de Missouri, la forma dialectal exagerada del sudoeste atrasado y apartado; el dialecto corriente del condado Pike; y cuatro variedades modificadas de este último. Los matices no se han conseguido al azar ni por adivinación, sino con sumo cuidado, y con la guía fiable y el apoyo de un conocimiento personal de estas varias formas de habla.

Les doy esta explicación porque, sin ella, imaginarían muchos lectores que todos estos personajes trataban de hablar igual, sin conseguirlo.

EL AUTOR



CAPÍTULO PRIMERO

TÚ no sabes nada de mí si no has leído un libro llamado *Las aventuras de Tom Sawyer*; pero eso no tiene importancia. Ese libro lo hizo el señor Mark Twain, y la mayor parte de lo que contó es verdad. Hubo cosas que exageró, pero la mayor parte de lo que dijo es verdad. Eso es lo de menos. Yo nunca he visto a nadie que no mienta de vez en cuando, como no fuera la tía Polly, o la viuda, o quizá Mary. La tía Polly —la tía de Tom, quiero decir— y Mary y la viuda Douglas; ese libro habla de todas ellas y es principalmente un libro que cuenta la verdad, pero con algunas exageraciones, como ya he dicho.

Bueno, pues el libro ese llega al final de esta manera: Tom y yo encontramos el dinero que los ladrones escondieron en la cueva, y nos hicimos ricos. Recibimos seis mil dólares cada uno..., todo en oro. Era un montón espantoso de dinero cuando estaba allí todo junto. Pues bien, el juez Thatcher lo cogió y lo puso a interés y eso nos daba a cada uno un dólar al día durante todo el año entero..., tanto dinero que un individuo no sabría qué hacer con él. La viuda Douglas me cogió como hijo, y creía que iba a civilizarme¹; pero era duro vivir dentro de la casa todo el tiempo, considerando lo aburrida, normal y decente que era la viuda en todas sus costumbres, y así, cuando yo no podía aguantarlo más, me escapé. Me metí otra vez en mis trapos viejos y

¹ En el original, «sivilize» con la deformación ortográfica que reaparece en el texto con frecuencia. Para Huck, este concepto de «civilizar» es siempre sinónimo de «domesticar».

volví a dormir en mi barril de caña, y estuve libre y satisfecho. Pero Tom Sawyer me buscó y me dijo que iba a organizar una banda de ladrones, y que yo podría juntarme a su banda si volvía con la viuda y me hacía persona honrada. Así que regresé.

La viuda se me echó encima llorando, y me llamó pobre cordero perdido, y también me llamó otra cantidad de cosas, aunque seguro que sin mala intención. Me hizo ponerme la ropa nueva otra vez, y yo no podía hacer más que sudar y sudar y sentirme apretado y molesto. Bueno, ya empezaba toda esa vieja historia otra vez. La viuda tocaba la campanilla llamando a la cena, y tenías que presentarte en seguida. Cuando estabas en la mesa no podías empezar a comer directamente, sino que tenías que esperar a que la viuda encogiera la cabeza y murmurara unas palabras quejasas sobre el rancho, aunque no le pasaba nada a la comida..., eso es, nada salvo que cada cosa se había preparado aparte. En un cubo de sobras y restos es bien distinto, porque las cosas se mezclan y los jugos se cambian entre sí, y todo va mejor².

Después de la cena, ella sacó su libro y me habló de Moisés y los Juncos, y yo estaba con ansias de saber todo respecto a Moisés; pero pasado un rato, a ella se le escapó decirme que Moisés había muerto hacía bastante tiempo, así que ya no me interesó más, porque yo no me fío de la gente muerta.

Poco después tuve ganas de fumar y pedí a la viuda que me dejara hacerlo. Pero me lo negó. Dijo que era una costumbre baja y que no era limpia, y que yo debía tratar de no hacerlo más. Ya ves cómo son algunas personas. Se ponen en contra de una cosa cuando no saben nada de ella. Aquí tenías a la viuda, preocupándose de Moisés, que ni era pariente suyo, ni servía para nada a nadie, porque estaba muerto, entiendes; mientras ella me estaba echando a mí una culpa enorme por hacer una cosa de la que yo sacaba mucho de

² El acto de bendecir la mesa es algo que Huck ni sabe ni entiende, y así se establece siempre la complicidad autor-lector, al comprender el punto de vista del narrador, Huck. Ésta es constante estilística en la novela.

bueno. Y además la viuda tomaba rapé; claro que eso estaba bien porque ella lo hacía³.

Su hermana, la señorita Watson, una solterona bastante delgada, que llevaba anteojos, acababa de venirse a vivir con ella, y ahora la emprendió también conmigo con un abecedario. Me tenía trabajando bastante duro cerca de una hora, y luego la viuda la llamó al orden y le hizo aligerar mi trabajo. Yo no hubiera podido aguantarlo mucho más. Entonces pasaba una hora de aburrimiento absoluto, y yo estaba sobre ascuas. La señorita Watson decía: «No pongas los pies encima de eso, Huckleberry», y «No te encojas de esa manera, Huckleberry...», ponte derecho», y poco después decía: «No bosteces y no te estires de esa manera, Huckleberry..., ¿por qué no tratas de portarte bien?» Y entonces me contó todo eso de la tierra de perdición⁴, y yo le dije que me gustaría estar allí. Ella se enfadó al oírlo, pero yo no se lo había dicho con mala intención. Sólo quería ir a alguna parte; sólo quería un cambio, yo no tenía preferencias. Ella dijo que era de malvados decir lo que yo había dicho y dijo que ella no lo diría por nada del mundo; *ella* iba a vivir de tal manera que iría al cielo. Bueno, pues yo no podía ver ninguna ventaja en ir a donde fuera ella, así que decidí no intentar ganarme el cielo. Pero claro que no se lo dije, porque sólo iba a causar más líos, y eso no serviría para nada.

Ahora que había comenzado, ella siguió por ese camino y me contó todo sobre el cielo. Dijo que lo único que allí tendría que hacer un individuo era pasearse todo el día con un arpa, cantando por siempre y siempre jamás. Así que yo no tenía muy buena opinión de ese sitio. Pero claro que no se lo dije. Le pregunté si ella creía que iría al cielo Tom Sawyer, y ella contestó que ni pensarlo. Eso me alegró, porque yo quería que estuviéramos juntos él y yo.

³ La doble moral de esa sociedad establecida de personas honorables, cuyas convenciones o normas le parecen a Huck ilógicas. Esa contradicción lógica continua sólo la detecta un «outsider» como es el propio Huck.

⁴ En el original, «the bad place», eufemismo por «hell» que es palabra tabú e impronunciable para esas piadosas mujeres. Huck tampoco comprende la carga calvinista-puritana que impide la utilización de determinadas palabras o expresiones.

La señorita Watson siguió pinchándome, y todo se volvió aburrimiento y soledad. Poco después llamaron a los negros⁵ y todos rezaron las oraciones, y entonces cada uno se fue a dormir. Yo subí a mi cuarto llevando un cabo de vela, y lo puse encima de la mesa. Entonces me senté en una silla cerca de la ventana, y traté de pensar en algo alegre, pero no sirvió para nada. Me sentía tan solitario y triste, que casi quería morirme. Brillaban las estrellas, y las hojas en el bosque susurraban como lamentándose; y oí un búho allá a lo lejos, ululando su queja por alguien que estaba muerto, y un aguatacaminos y un perro llorando por alguien que iba a morir, y el viento intentaba susurrarme algo secreto que yo no podía entender, hasta hacerme sentir escalofríos. Entonces de muy lejos en el bosque oí esa clase de sonido que hace un ánima en pena cuando quiere decirte lo que tiene en mente y no puede hacerse entender, y así le pasa que no descansa bien en la tumba y tiene que dar vueltas de esa manera todas las noches, afligiéndose. Yo me puse tan descorazonado y miedoso que de veras añoraba alguna compañía. Poco después una araña subía arrastrándose por mi hombro, y la quité de un golpetazo y fue a caer en la vela; y antes de que pudiera moverme, ya estaba achicharrada. No hace falta que nadie me diga que eso es de muy mal agüero y que me traería mala suerte⁶; yo estaba tan asustado y temblaba de tal manera, que casi se me caen los pantalones. Me levanté y di tres vueltas sobre mis propios talones, haciéndome la cruz sobre el pecho a cada vuelta; y luego até un mechón de mi pelo con un hilo, para alejar a las brujas. Pero no tenía fe. Eso es lo que haces cuando has perdido una herradura que antes habías encontrado, en vez de clavarla, como debes, encima de la puerta; pero yo nunca había oído a nadie decir que eso valía para evitar la mala suerte cuando habías matado una araña.

⁵ En el original, «niggers», la palabra de la discordia. Actualmente se considera políticamente incorrecta por su carga semántica despectiva. Así se utilizaba en tiempos de Mark Twain y en la zona geográfica en que tiene lugar la acción de la obra es algo habitual. No se volverá a mencionar este tema en notas subsiguientes. Cfr. también la Introducción.

⁶ Las supersticiones divertidas de Huck forman parte de su caracterización literaria, en cuanto personaje «analfabeto» y sin «educación formal».

Me senté otra vez, temblando sin parar, y saqué la pipa para ponerme a fumar; porque la casa estaba ahora tan silenciosa como la muerte, y menos mal que así no se enteraría la viuda de que yo fumaba. Bueno, después de un largo rato, oí desde allá lejos en la aldea sonar el reloj..., bum..., bum..., bum..., doce golpes; y todo en silencio otra vez..., más silencioso que nunca. Poco después oí chascarse una ramita allá en la oscuridad entre los árboles..., algo se movía. Me quedé quieto y escuché. En seguida pude apenas oír un «imi-au!, imi-au!» allí abajo. ¡Eso sí que estaba bien! Yo dije «imi-au! imi-au!» tan suave como pude, y luego apagué la luz y me arrastré desde la ventana hacia el cobertizo. Luego me deslicé hasta el suelo y me metí a gatas entre los árboles y, por supuesto, allí estaba Tom Sawyer, esperándome.

CAPÍTULO II

FUIMOS caminando de puntillas a lo largo de la senda entre los árboles hacia donde termina la huerta de la viuda, y nos agachamos para que las ramas no nos rasparan la cabeza. Cuando pasamos por delante de la cocina, yo tropecé con una raíz e hice ruido. Nos agazapamos y estuvimos quietos. El negro grande de la señora Watson, llamado Jim, estaba sentado en la puerta de la cocina; podíamos verle bastante claro, porque había una luz detrás de él. Él se levantó y estiró el cuello y estuvo un minuto escuchando. Luego dijo:

—¿Quién está ahí?

Escuchó un rato; después vino de puntillas y se paró exactamente entre nosotros dos; casi podríamos haberle tocado con la mano. Bueno, es posible que pasaran minutos y más minutos durante los que no hubo ni un sonido, y nosotros allí, todos tan juntos. Empezó a picarme un sitio en el tobillo, pero no me atrevía a rascármelo; y luego comenzó a picarme la oreja; y después la espalda, justo entre los hombros. Parecía que iba a morirme si no podía rascarme. Bien, pues he notado esa cosa muchísimas veces desde entonces. Si es-

tás con la gente bien, o en un entierro, o intentando dormirte cuando no tienes sueño..., si estás en cualquier lugar donde simplemente no va que te rasques, pues te picará en más de mil sitios por todo el cuerpo. Poco después Jim dijo:

—Oye, ¿quién eres? ¿Dónde estás? Voto al cielo si no he oído algo. Bueno, pues yo sé lo que voy a hacer; voy a sentarme aquí mismo y escuchar hasta que lo oiga otra vez.

Así que se sentó en el suelo entre Tom y yo. Apoyó su espalda contra un árbol y estiró las piernas hasta que casi tocaba la mía. Me empezó entonces a picar la nariz. Me picó de tal forma, que se me llenaron los ojos de lágrimas. Pero no me atreví a rascármela. Luego empezó a picarme la nariz por dentro. A continuación me picó por debajo. No sabía cómo iba a estarme allí quieto. Esta desgracia siguió durante seis o siete minutos, pero parecía mucho más tiempo. Ya me picaban once sitios distintos. Calculé que no podía aguantarlo un minuto más, pero apreté los dientes y me puse a intentarlo. Exactamente entonces Jim empezó a respirar fuerte; luego comenzó a roncar..., y pronto empecé a sentirme bien otra vez.

Tom me hizo una señal —una especie de ruidito con la boca— y fuimos arrastrándonos a gatas. Cuando estábamos como a tres metros, Tom me susurró que quería atar a Jim al árbol, para divertirse. Pero yo dije que no; podría despertarse y causar una conmoción, y luego se enterarían de que no estaba en casa. Luego Tom dijo que no tenía bastantes velas, y que se metería en la cocina para coger alguna más. Yo no quería que lo intentara. Dije que Jim podría despertarse y entrar. Pero Tom quería arriesgarse; así que nos deslizamos dentro y cogimos tres velas, y Tom dejó cinco centavos en la mesa para pagarlas. Luego nos salimos, y yo estaba sobre ascuas para escaparnos; pero nada iba a satisfacer a Tom salvo ir gateando hasta donde estaba Jim, y tenía que hacerle una broma. Yo esperé y parecía mucho rato, con todo tan quieto y solitario.

Tan pronto como volvió Tom, fuimos corriendo por la senda, dejamos detrás la cerca de la huerta y llegamos a la alta cima de un cerro al otro lado de la casa. Tom dijo que le había quitado a Jim el sombrero de la cabeza y lo había colga-

do de una rama directamente encima de él, y que Jim se movió un poco, pero que no se despertó. Más tarde Jim andaba diciendo por ahí que las brujas le habían embrujado y le pusieron en trance y cabalgaron encima de él por todo el Estado, y luego le sentaron bajo los árboles otra vez, y colgaron su sombrero de una rama para mostrar quién lo había hecho. Y la siguiente vez que lo contó Jim, dijo que le cabalgaron hasta Nueva Orleans allí al sur; y después de eso, cada vez que lo contaba, lo estiraba más y más, hasta que poco después dijo que cabalgaron encima de él por todo el mundo y le cansaron hasta que casi murió y que él tenía la espalda llena de llagas de la silla de montar. Jim estaba monstruosamente orgulloso con este asunto, y llegó al punto que casi no miraba a los otros negros. Los negros venían desde muchas millas para escuchar la historia de Jim, y fue más admirado que cualquier otro negro en este país. Negros que nadie conocía se paraban con la boca abierta y le miraban de arriba abajo, igual que si fuera una maravilla. Los negros siempre hablan de brujas, en la oscuridad, junto al fogón de la cocina, pero cuando uno hablaba y dejaba entender que él sabía todo de tales cosas, Jim se dejaba caer y decía: «¡Bah! ¿Qué sabes tú de brujas?», y a ese negro era como taponarle la boca con un corcho y tenía que retirarse al asiento de atrás. Jim siempre llevaba al cuello la moneda esa de cinco centavos colgada de una cuerda, y dijo que era un amuleto que le dio el diablo con sus propias manos, y que el diablo le había dicho que podía curar a todo el mundo con ella y llamar a las brujas cuando quisiera sólo con decirle unas palabras a la moneda. Los negros venían de todas partes de alrededor y le daban a Jim cualquier cosa que tenían sólo para poder mirar esa moneda; pero no se les permitía tocarla, porque había estado en manos del diablo. Jim casi era una ruina como criado, porque se había vuelto engreído a causa de que vio al diablo y cabalgaron encima de él las brujas⁷.

⁷ Elementos del folclore del mundo negro y de su propia cultura que Mark Twain conocía de primera mano. También estos elementos ayudan a resaltar la diferencia existente entre el mundo blanco y el negro, y la presunta superioridad cultural y racial de los blancos.

Bueno, pues cuando Tom y yo llegamos al borde de la cresta del cerro, miramos abajo hacia la aldea y pudimos ver tres o cuatro luces centelleando, donde había gente enferma, quizá; y las estrellas encima de nosotros brillaban tan lindas; y abajo junto a la aldea estaba el río, un milla entera de ancho, y terriblemente quieto y estupendo. Bajamos del cerro y encontramos a Joe Harper y Ben Rogers con otros dos o tres muchachos más, escondidos en la vieja tenería. Así que desatamos un esquife y remamos río abajo dos millas y media hasta el peñasco grande de la ladera del cerro, y allí desembarcamos.

Nos acercamos a unas matas de arbustos, y Tom hizo a todo el mundo jurar que guardaría el secreto, y luego les mostró un agujero en la colina, justo en la parte más espesa de los matorrales. Luego encendimos las velas, y nos arrastramos dentro, a gatas. Seguimos unos doscientos metros y allí se ensanchaba la cueva. Tom se metió buscando algo entre los pasadizos, y poco después se agachó cerca de un muro donde nadie habría notado que había otro agujero. Fuimos por un sitio estrecho y entramos dentro de una especie de cuarto todo húmedo y sudoroso y frío, y allí paramos. Tom dijo:

—Ahora, vamos a fundar la banda de ladrones y la llamaremos la Cuadrilla de Tom Sawyer. Todo el mundo que quiera unirse tiene que hacer el juramento y firmarlo con sangre.

Todo el mundo estaba dispuesto. Así que Tom sacó una hoja de papel en la que había escrito el juramento y lo leyó. Hizo jurar esto a cada muchacho: que se juntaría a la banda, y que nunca revelaría ninguno de los secretos; y que si alguien hacía algo contra cualquier miembro de la banda, pues el muchacho, al que la banda mandara, mataría a esa persona y a su familia; tenía que hacerlo, y no debía comer ni dormir hasta que los hubiera matado y les hubiera marcado a cuchillo una cruz en el pecho, que era la señal de la banda. Y nadie que no fuera miembro de la banda podría usar esa marca, y, si lo hiciera, había que demandarle, y si lo hiciera otra vez, había que matarle. Y si alguien que era miembro de la banda revelaba los secretos, había que cortarle el cuello y luego quemar su cadáver y esparcir las cenizas alrededor, y su

nombre sería tachado de la lista con sangre y nunca ya se mencionaría, sino que sería maldito y olvidado por siempre.

Todo el mundo dijo que era un juramento muy bonito, y le preguntaron a Tom si lo había sacado de su cabeza. Él dijo que una parte de él sí, pero lo demás era de libros de piratas y ladrones y que toda cuadrilla con cierta clase lo usaba⁸.

Algunos pensaron que sería bueno matar a las *familias* de los muchachos que revelaran los secretos. Tom dijo que era buena idea, así que cogió el lápiz y lo añadió. Luego dijo Ben Rogers:

—Aquí tenemos a Huck Finn, y él no tiene familia; ¿qué vas a hacer con él?

—Pues, ¿es que no tiene padre? —dijo Tom Sawyer.

—Sí, tiene padre, pero ahora nunca se le puede encontrar. Solía acostarse borracho allí entre los cerdos en la tenería, pero no le ha visto nadie por estos lugares desde hace un año o más.

Lo discutieron entre ellos, y me iban a excluir porque dijeron que todos los muchachos debían tener una familia o alguien a quien se pudiera matar, o si no, no sería justo y limpio para los otros. Bien, pues nadie podía pensar cómo salir de esto; todos estaban perplejos y quietos. Yo estaba a punto de llorar; pero de pronto pensé en la solución y les ofrecí a la señorita Watson: podrían matarla a ella. Todo el mundo dijo:

—Ah, ella vale. Está bien, Huck puede juntarse.

Entonces todos se pincharon un dedo para sacarse sangre con que firmar, y yo puse mi marca en el papel.

—Ahora —dijo Ben Rogers—, ¿a qué ramo de negocios se va a dedicar esta Cuadrilla?

—Nada, salvo robo y asesinato —dijo Tom.

—Pero ¿qué vamos a robar? ¿Casas o ganado o...?

—¡Tonterías! Hurtar ganado y tales cosas no es robar; es ratería —dijo Tom Sawyer—. No somos rateros. Eso no tiene elegancia. Somos salteadores de caminos. Detenemos las

⁸ Primera muestra de las «novelerías» de Tom Sawyer y de su cultura libresco que reaparecerán al final de la novela, para desesperación de Huck que no les encuentra sentido. Como se ve, esta mentalidad pedantesca de Tom se pone de relieve enseguida, en contraposición a la espontaneidad y naturalidad de Huck.

diligencias y los carruajes en la carretera, y llevamos máscaras y matamos a la gente y les quitamos los relojes y el dinero.

—¿Siempre hay que matar a la gente?

—Pues claro. Es lo mejor. Algunas autoridades opinan de otro modo, pero en general se considera mejor matarlos..., salvo a algunos pocos que traes aquí a la cueva y los tienes presos hasta que los rescaten.

—¿Rescaten? ¿Qué quiere decir eso?

—Yo no sé bien. Pero eso es lo que se hace. Lo he visto en libros; y claro que eso es lo que tenemos que hacer.

—Pero ¿cómo podemos hacerlo si no sabemos lo que es?

—Ay, maldita sea, *tenemos* que hacerlo. ¿No te he dicho que está en los libros? ¿Quieres empezar a hacer algo distinto de lo que hay en los libros y enredarlo todo?

—Ah, está muy bien *decir* eso, Tom Sawyer, pero ¿cómo diablos se van a rescatar a estos tipos si no sabemos hacerlo...? Ahí es adonde voy yo. Ahora, ¿qué *piensas* que podría ser?

—Pues no lo sé. Pero quizá si los tenemos aquí presos hasta que se los recate, quiere decir hasta que estén muertos.

—Ahora, eso es algo *parecido*, por lo menos. Eso vale. ¿Por qué no lo has dicho antes? Los tenemos presos hasta que sean rescatados a muerte; y verás qué molestias nos van a crear..., comiéndolo todo e intentando escaparse.

—Qué cosas dices, Ben Rogers. ¿Cómo pueden escaparse cuando hay una guardia al lado, dispuesta a fusilarlos si mueven un pelo?

—¡Una guardia! Pues eso *sí* que está bien. Así que alguien tiene que estar en vela toda la noche y no puede dormir, sólo para vigilarlos. A mí me parece una tontería. ¿Por qué uno no puede coger un palo y rescatarlos tan pronto como lleguen aquí?

—Porque no está escrito así en los libros..., por eso. Ahora, Ben Rogers, ¿tú quieres que las cosas vayan bien, o no? De eso se trata. ¿No crees que la gente que hizo los libros sabe cuál es lo correcto que hay que hacer? ¿Tú crees que puedes enseñarles algo? Ni muchísimo menos. No, señor, vamos a seguir y rescatarlos de la manera debida.

—Está bien. No me importa, pero yo digo que es cosa de tontos, en todo caso. Oye, ¿matamos a las mujeres también?



Ilustración de Eberhard Binder.

—Pues, Ben Rogers, si yo fuera tan ignorante como tú, lo disimularía. ¿Matar a las mujeres? No; nadie nunca ha visto cosa semejante en los libros. Tú las traes a la cueva, y siempre eres sumamente cortés con ellas; y poco después se enamoran de ti, y ya no quieren volver a casa.

—Bueno, si eso es lo que se hace, estoy de acuerdo, pero no me fío de este asunto. Muy pronto tendremos la cueva tan llena y desordenada con esas mujeres y los tipos esperando a ser rescatados, que no habrá sitio para los ladrones. Pero sigue adelante, yo no tengo nada que decir.

El pequeño Tommy Barnes estaba dormido ya, cuando le despertaron, se asustó y lloró, y dijo que quería ir a casa con su mamá, y que ya no quería ser ladrón.

Así que todos se burlaron de él y le llamaron llorón, y él se enfadó y dijo que iría derecho a contar todos los secretos. Pero Tom le dio cinco centavos si prometía no hablar, y dijo que iríamos todos a casa y nos reuniríamos la semana próxima, y robaríamos a alguien y mataríamos a algunas personas.

Ben Rogers dijo que no podía salir de casa mucho, sólo los domingos, y por eso él quería empezar el domingo próximo, pero todos los muchachos dijeron que sería de malvados hacerlo en domingo, y eso arregló el asunto. Se pusieron de acuerdo en que se juntarían a decidir la fecha, tan pronto como pudieran, y entonces elegimos a Tom Sawyer como capitán y a Joe Harper segundo capitán de la Cuadrilla, y así nos volvimos a casa.

Yo trepé al cobertizo y me metí por la ventana poco antes del amanecer. Mi ropa nueva estaba grasienta y arcillosa, y yo muerto de cansancio.

CAPÍTULO III

BUENO, la otra mañana, la vieja señorita Watson me leyó bien la cartilla a causa de mi ropa, pero la viuda no me regañó, y sólo se puso a quitar grasa y barro; y con la cara tan triste, que pensé que debería portarme bien algún rato si podía. Luego la señorita Watson me llevó al gabinete

y rezó; pero eso no tuvo ningún resultado. Me dijo que yo debería rezar todos los días, y que cualquier cosa que pidiera la recibiría. Pero no era verdad⁹. Lo intenté. Una vez recibí una cuerda de pescar; pero sin anzuelos. No me valía para nada sin anzuelos. Lo intenté pidiendo anzuelos tres o cuatro veces, pero, por alguna razón, no pude hacer funcionar el rezo. Un día, poco después, pedí a la señorita Watson que lo intentara por mí, pero ella dijo que yo era tonto. Nunca me explicó por qué, y yo no podía entender aquello.

Una vez me senté en el bosque, y me puse a pensar mucho rato sobre esto. Me dije: si un individuo puede conseguir cualquier cosa que pida rezando, ¿por qué el diácono Winn no recupera el dinero que perdió con la carne de cerdo? ¿Por qué no recupera la viuda la cajita de plata para rapé que le robaron? ¿Por qué no puede engordar la señorita Watson? No, me dije a mí mismo, no hay nada de verdad en eso. Fui y le conté el asunto a la viuda, y ella me dijo que lo que podía recibir un individuo rezando eran «dones espirituales». Esto ya era demasiado para mí, pero ella me explicó lo que quería decir: que yo debo ayudar a los otros, y hacer todo lo que pueda por otras personas, y que debo cuidar de ellas todo el tiempo, y nunca pensar en mí mismo. Esto incluía a la señorita Watson, por lo que yo entendía. Fui al bosque y di vueltas en la mente a todo aquello un rato largo, pero no pude ver ninguna ventaja en el asunto..., salvo para las otras personas; así que al fin calculé que no iba a preocuparme más, sino dejarlo estar. A veces la viuda me llevaba aparte y me hablaba de la Providencia de tal forma que se le haría la boca agua a cualquiera; pero al día siguiente la señorita Watson cogía y decía cosas que lo aplastaban todo otra vez. Juzgué que, según yo podía ver, había dos providencias, y que un pobre tipo saldría bastante bien librado con la Providencia de la viuda, pero que, si la Providencia de la señorita Watson le

⁹ Interpretación literal del consejo evangélico «pedid y se os dará». En el original se hace hincapié en el «me llevó al gabinete», equivalente al «métete en tu cuarto, echa la llave y reza» tal y como aparece en el capítulo 6 del evangelio de San Mateo. Tampoco Huck le encuentra mucho sentido a estas afirmaciones, que su propia experiencia sensorial desmiente.

agarraba, ya no tendría remedio jamás. Yo lo pensé claramente, y decidí que me juntaría con la de la viuda, si Ella me quería aceptar, aunque no podía entender cómo Ella iba a ganar algo conmigo, considerando que yo era tan ignorante, y de condición un poco baja y diablesca.

A papá no le había visto nadie desde hacía más de un año y eso era cómodo para mí; yo no quería verle nunca más. Él solía pegarme duro cuando no estaba borracho y conseguía echarme mano; aunque, cuando yo sabía que él estaba cerca del pueblo, yo escapaba al bosque casi siempre. Bueno, en estos días le habían encontrado ahogado en el río, a unas doce millas aguas arriba del pueblo, eso es lo que se decía. Pensaban que era él, en todo caso; dijeron que el ahogado era justo de su altura, y que iba andrajoso y tenía el pelo descomunamente largo, en todo lo cual era semejante a papá; pero no podían sacar en claro nada en cuanto a la cara, porque había estado tanto tiempo en el agua que ya no se parecía en nada a una cara. Dijeron que flotaba de espaldas en el agua. Le sacaron y le enterraron en la orilla. Pero yo no me sentí cómodo por mucho tiempo, porque se me ocurrió una idea. Yo sabía muy bien que un ahogado no flota de espaldas, sino boca abajo. Así que estaba seguro de que éste no era papá, sino una mujer vestida de hombre. Así que me sentí incómodo otra vez. Imaginé que el viejo aparecería, aunque yo no lo desease.

Durante todo un mes jugamos a ladrones de vez en cuando, y luego yo me retiré de jugar. También lo hicieron todos los muchachos. No habíamos robado a nadie, ni matado a nadie, sino que sólo fingíamos. Solíamos saltar por entre los árboles del bosque y corríamos a galope atacando a los porqueros y a las mujeres que iban en carretas llevando sus hortalizas al mercado, pero no capturamos a ninguno. Tom Sawyer llamaba a los cerdos «lingotes» y llamaba a los nabos y verduras «joyas», y volvíamos a la cueva a conferenciar sobre lo que habíamos hecho, y de cuántas personas habíamos matado y dejado marcadas. Pero yo no veía ningún provecho en todo eso. Una vez Tom mandó a un muchacho a que corriera por el pueblo con un palo ardiendo, lo cual llamaba una consigna (que era la señal para que se reuniera la Cuadrilla),

y luego dijo que por sus espías le llegaron noticias de que al día siguiente toda una cantidad de mercaderes españoles y árabes ricos iban a acampar en la Hondonada de la Cueva con doscientos elefantes y seiscientos camellos, y más de mil mulas de carga, todas llevando diamantes; y sólo tenían una guardia de cuatrocientos soldados, y así nosotros íbamos a tender una emboscada, como él llamaba, y matarlos a todos y arrear con las cosas. Dijo que había que pulir las espadas y limpiar los fusiles y estar listos. Él nunca atacaba a una carreta de nabos sin tener las espadas y los fusiles todos bien pulidos y preparados, aunque sólo eran listones y palos de escoba, y podías restregarlos hasta que te pudrieras y aun entonces no valían ni un puñado de ceniza más de lo que valieron antes. Yo no creía que pudiéramos hacer correr a una muchedumbre de españoles y árabes, pero quería ver los camellos y los elefantes, así que estuve allí pendiente el día siguiente, el sábado, de la emboscada; y cuando nos llegó la seña, nos lanzamos desde el bosque y corrimos colina abajo. Pero no había ningún español ni ningún árabe, y no había camellos ni elefantes. No había nada, salvo una excursión de la escuela dominical, y sólo eran los pequeños del primer año. Los espantamos y perseguimos a los niños hondonada arriba; pero no conseguimos más que unas rosquillas y mermelada, aunque Ben Rogers consiguió un muñeco de trapo, y Joe Harper, un libro de himnos y un folleto de la iglesia; y entonces el maestro se nos vino encima y nos hizo soltarlo todo y marcharnos. Yo no vi ningún diamante y se lo dije a Tom Sawyer. Él dijo que allí había cantidades, sin duda; y dijo que había también árabes, y elefantes y cosas. Yo dije: «¿por qué no podemos verlos, entonces?» Él dijo que si yo no fuera tan ignorante, y hubiera leído un libro llamado *Don Quijote*, lo sabría sin preguntar¹⁰. Dijo que todo se hacía por encantamiento. Dijo que había miles de soldados, y elefantes y tesoros, y más, pero que teníamos enemigos que él llamaba encantadores y ellos lo habían convertido todo en una escuela

¹⁰ La picaresca y el Quijote eran bien conocidos por Twain. De hecho, en la carta a Howells, mencionada en la introducción, se hace referencia al *Gil Blas de Santillana* de Lesage.

dominical de párvulos, sólo por despecho. Yo dije, bueno, está bien, entonces lo que tenemos que hacer es atacar a los encantadores. Tom Sawyer dijo que yo era un cabeza de chorlito.

—Pero —dijo—, ¿no sabes que un encantador podría llamar a una tropa de genios y ellos te machacarían en un tris? Son tan altos como árboles y tan grandes como una iglesia.

—Bueno —dije yo—, supongamos que nos conseguimos unos genios para ayudarnos a *nosotros...*, ¿no podemos echar fuera a los otros tipos así?

—¿Y cómo vas a conseguirlos?

—Yo no lo sé. ¿Cómo los consiguen *ellos*?

—Pues, frotan una vieja lámpara de hojalata o un anillo de hierro, y entonces vienen a toda prisa los genios, entre truenos y relámpagos, y corriendo a todo vapor, y con humo ondeando por todas partes, y todo lo que se les manda hacer, ellos lo hacen sin más. No es nada para ellos arrancar de raíz una torre y con ella dar un buen golpe en la cabeza del director de la escuela dominical... o en la cabeza de cualquier hombre.

—¿Y quién les hace *moverse* tanto?

—Pues cualquiera que frote la lámpara o el anillo. Pertencen al que frota la lámpara o el anillo, y tienen que hacer lo que él manda. Si les manda construir un palacio de cuarenta millas de largo, todo de diamantes y llenarlo de goma de mascar o lo que quieras, y traer la hija del emperador de la China para que te cases con ella, tienen que hacerlo; y además tienen que hacerlo antes del amanecer del día siguiente. Y hay más: tienen que llevar y traer ese palacio por todo el país donde quiera que tú mandes, ya ves.

—Bueno —dije yo—, yo creo que son una cuadrilla de cabezas de alcorcho por no quedarse ellos con los palacios en vez de gastarlos como tontos de esa manera. Y además, si yo fuera uno de ellos, le mandaría al diablo antes de abandonar todo para ir corriendo cuando él frotaba esa lámpara vieja de hojalata.

—Qué cosas dices, Huck Finn. Pues *tendrías* que ir cuando la frotaba, quisieras o no.

—¿Qué? ¿Y yo tan alto como un árbol y tan grande como

una iglesia? Muy bien, entonces; yo *sí* vendría, pero haría al tipo ese trepar al árbol más alto que hubiera en todo el país.

—Bah, no vale la pena hablar contigo, Huck Finn. Parece que no sabes nada de nada..., eres un perfecto cabeza hueca.

Yo pensé bien en todo esto durante dos o tres días, y luego decidí que iba a ver si la cosa tenía algún sentido. Me conseguí una vieja lámpara de hojalata y un anillo de hierro, y fui al bosque y froté y froté hasta sudar como un indio, pensando construir un palacio y venderlo; pero mi esfuerzo no valía para nada, no vino ningún genio. Así que decidí que todo ese lío era simplemente una de las mentiras de Tom Sawyer. Yo calculo que él creía en los árabes y los elefantes, pero, en cuanto a mí, yo pienso de otra forma. Todo eso tenía pinta de ser cosa de la escuela dominical.

CAPÍTULO IV

BUENO, pues pasaron como tres o cuatro meses, y estaba ya bien entrado el invierno. Yo había asistido a la escuela casi todo ese tiempo y podía deletrear y leer y escribir sólo un poco, y podía recitar la tabla de multiplicar hasta seis por siete, que son treinta y cinco, y yo creo que nunca podría seguir más allá aunque viviera siempre. En cualquier caso, no tengo ninguna confianza en las matemáticas.

Al principio odiaba la escuela, pero poco a poco llegué a poder aguantarla. Cuando estaba demasiado cansado, hacía novillos, y la paliza que me daban al día siguiente me sentaba bien y me animaba algo. Así que cuanto más tiempo hacía que iba a la escuela más fácil me resultaba soportarla. Estaba también habituándome más o menos a las costumbres de la viuda, y ellas no se me hacían ásperas. Vivir dentro de una casa y dormir en una cama me fastidiaba bastante, pero antes de llegar el tiempo frío, solía escaparme y dormir a veces en el bosque, y así eso me daba un respiro. Me gustaban más las viejas costumbres, pero también me iban gustando un poquito las nuevas. La viuda dijo que yo iba mejorando